

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: ¡Qué Señor maravilloso! - Impresiones de
la vida terrenal del Hijo de Dios del evangelio de
San Juan (cap. 9:1-41)
(12 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Juan 9:1,8; Mateo 11:28-30; 1.Pedro 5:7

En el campo visual del Salvador Jesús

La joven pareja estaba muy consternada al enterarse que su primer hijo, de apenas seis meses de edad, había sido ciego desde su nacimiento. La situación de la pequeña familia cambió de un momento a otro. A lo largo de los años, el niño experimentó otras limitaciones de salud.

Muchos logros médicos y técnicos, así como ayudas estatales, permiten vivir al que hoy tiene 55 años, en gran medida por sí mismo. Entre ellas cabe citar: la asistencia a la escuela de ciegos, la escritura en Braille*, la máquina de escribir para ciegos, el entrenamiento de movilidad con caña para ciegos y con perro, un ordenador que permite escuchar cartas escritas en negrita, las señales acústicas de los semáforos, las impresiones puntuales de los medicamentos, la formación profesional correspondiente y mucho más.

Sin embargo, el hombre siendo ciego, siempre estará dependiendo de la ayuda de otros. A los padres les queda la pregunta angustiante: ¿Qué será de nuestro hijo, el día en que nosotros ya no vivamos?

¿Qué hacemos nosotros con las cargas y angustias de la vida? Jesús nos invita llegar a Él con todo lo que nos pesa y nos preocupa y derramar nuestro corazón ante Él (lea Sal. 62:5-8; 102:1,2; 142:1,2).

Él quiere quitar la carga de nosotros y llenarnos con nueva fuerza, aunque las circunstancias de la angustia quizás no cambien. “El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma” (Sal. 138:3).

El nacido ciego de Jerusalén, del cual habla el evangelista Juan, se encontraba en una situación muy diferente a la de los ciegos u otros discapacitados de hoy en día. Aunque sus padres se preocuparían de la mejor manera por él, le quedaba una sola perspectiva: mendigar (lea Mr. 10:46; Hch. 3:1,2). Pero su desesperación cambió completamente, cuando entró al campo visual del Salvador Jesús (lea Jn. 9:2-7).

*Se trata de la letra para ciegos creada por el francés Louis Braille en 1825. Los patrones puntuales especiales se empujan desde atrás en el papel, para que las elevaciones puedan ser probadas con las puntas de los dedos.

Día 2

Juan 9:1-5; Isaías 42:5-7

El nacido ciego llega a ser tema de conversación

En el siguiente suceso, el nacido ciego, en primera instancia está involucrado pasivamente. Observemos el acontecimiento:

- Jesús y sus discípulos están en camino a la fiesta de la dedicación del templo. En esto llegan al lugar del templo, en el que se encontraban por lo general los mendigos. Jesús pasa por ahí y ¡ve! Su mirada tiene carácter pastoral y de ayuda.

Él actúa como en aquel tiempo su Padre, que vio a los israelitas y se preocupó por ellos (Éx. 2:23-25). La acción salvadora de Dios para librar a Israel de la esclavitud de Egipto, había comenzado. Y culminó con la pascua, el pasar indulgente de Dios, en la noche del éxodo (Éx. 12:11-14). Para el hombre nacido ciego comienza, aún cubierto, la sanidad en amplio sentido.

- Desde la fiesta de los tabernáculos, que se terminó con el fallido intento de sus adversarios de apedrear a Jesús, pasaron más o menos nueve semanas (Jn. 8:59; 10:22) Los discípulos al ver la necesidad del hombre nacido ciego, tenían preguntas básicamente teológicas.

- Según la opinión general de aquel tiempo, se interpretaba una miseria especial como consecuencia de pecado, pues Dios había prometido a su pueblo fertilidad, paz y bienes, si ellos guardaban sus mandamientos (comp. Dt. 7:12-15; 15:4-6). Nosotros preguntamos: ¿acaso el sufrimiento es una señal por culpa encubierta?

- Con su respuesta, Jesús libra a los padres y a su hijo de este reproche. Él persigue un propósito muy diferente: con el hombre nacido ciego se deben manifestar las obras de Dios, su misericordia y su gloria (Jn. 11:2-4).

- Jesús se quiere demostrar como el Mesías, anunciado y enviado del Padre. Si él viene, “los ojos de los ciegos serán abiertos” (Is. 35:4-6) Debemos tener en cuenta que es una gran diferencia, si una persona llega a ser ciega durante su vida, o si ha nacido ciego y por eso no tiene cura, como el hombre en nuestro informe. Solo el Mesías puede ayudar a alguien nacido ciego y hacer algo completamente nuevo.



Día 3

Juan 9:1-7; 8:12

El hombre nacido ciego y el Señor Jesús actuando

“... esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida” (Jn. 9:3 NVI). A diferencia del “Dios de los filósofos”, nuestro Dios es un Dios que actúa. Él se manifiesta en su obrar en la creación, en la historia de Israel, en su iglesia y en su obra creativa hoy, y tiene alcance a futuro. El Hijo actúa como el Padre por el poder del Espíritu Santo.

Nosotros hablamos también de Jesús y su *obra* de salvación. Jesús no es un pensamiento ni una idea, sino una persona que actúa. Él quiere glorificarse en el que sufre, quiere ayudar, sanar e invitar e involucrarlo a creer en Él (lea Jn. 9:35-38). Para comprobar su mesianidad, nuestro Señor sanó a todos los que llegaron y los que fueron llevados a Él (Mt. 4:23-25).

Pero en nuestros días, debemos tener en cuenta que el Señor no quita todos los sufrimientos, como nosotros lo desearíamos.

Pablo recibió de Dios la respuesta que Él está presente también en la debilidad y otorga en esta situación el poder para sobrellevar y soportar. (2.Co. 12:7-10; comp. Fil. 4:11-13).

¿Cómo experimenta el ciego el encuentro con Jesús, la luz del mundo?

- Se puede suponer que el ciego escuchó la conversación de los hombres entre sí o por lo menos en parte, pues el obrar del Señor aconteció en seguida después.
- Él experimenta sensiblemente la obra en él, aunque no lo ve. Jesús prepara con su propia saliva un lodo y unta con él los ojos del ciego. En esto no se trata de un efecto mágico de la saliva o de la tierra, sino que nos vemos enfrentado con un Señor con autoridad, cuyo poder creativo hace recordar la creación del hombre del polvo de la tierra (lea Gn. 2:7; Is. 43:19).



Día 4

Juan 9:5-7; Mateo 28:16-20

El hombre nacido ciego y una tarea con obstáculos

Otra observación en el encuentro del ciego con Jesús, la luz del mundo:

• Él recibe una tarea doble:

1. "Vé a lavarte ...". – Seguramente para el ciego, esto no es fácil. ¿Acaso conoce el camino? ¿Habrán personas que le ayudan, le guían? ¿Cómo podrá reconocer los obstáculos en el camino, cómo bajar los escalones al estanque? ¿Cuán fácilmente puede pasar también hoy, que algo imprevisto signifique gran peligro para un ciego: un pozo descubierto; un cartel publicitario en un lugar inconveniente; un objeto olvidado en el piso del dormitorio...! etc.

En sentido figurado, a veces los que ven, tienen problemas en su camino de la fe con Jesús. Ellos quieren cumplir una misión para su Señor, quieren "ir", pero de repente aparecen dificultades: limitaciones por la crisis pandémica, problemas en su lugar laboral, un certificado de permiso denegado, una enfermedad u otros.

Un matrimonio jubilado aceptó nuevamente el llamado al servicio para Jesús, ya que los hijos eran todos mayores de edad.

Poco después apareció, en uno de los cónyuges, un nuevo brote de cáncer. Ellos se preguntaron: ¿Acaso el adversario de Dios, quiere evitar de esta manera este servicio bendito? ¡Qué bueno que podemos mirar a Jesús, quitando la vista de los problemas, porque Él es más poderoso que cualquier fuerza! Él tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. Él es y sigue siendo el Vencedor (lea Sal. 118:13-17; Is. 40:9-11). En esta certeza vive también este matrimonio, a pesar de varias dudas y muchas exigencias.

Así debemos permanecer nosotros los que seguimos a Jesús y le servimos: de la manera en que Él nos permite y por el tiempo que Él quiere. Nada nos puede separar de Él y de su amor. ¡Leamos las palabras alentadoras de Pablo en Romanos 8:31-39 como mensaje personal de nuestro Señor!



Día 5

Juan 9:1,5-7; Salmo 36:10

El hombre nacido ciego se atreve a confiar

La orden: “¡vé!” contiene una indicación del lugar: “... el estanque de Siloé”^{*} Este nombre significa “canal de conducción” y se puede traducir también con el concepto “Enviado”. Jesús, el enviado del Padre, envía al ciego al lugar que contiene agua fresca de manantial. Jesús lo envía a un lugar histórico, en el cual se trataba de sobrevivir y con esto, apunta de manera nueva a que el ciego pueda “sobrevivir”. Además le da una segunda tarea:

2. “¡lávate!” – El ciego debe usar el agua de manantial como medio de sanidad. Esto es posible, pues la orden viene de Jesús, el dador del agua de vida, de la nueva vida (lea Jn. 4:14; Ap. 21:6) El ciego aún no sabe que el manantial de la vida en persona, está delante de él.

Suena tan sencillo: “¡vé a lavarte en el estanque de Siloé!” ¿Demasiado sencillo? ¿En qué relación está “esta poca agua de manantial” con todos los esfuerzos, que habrán realizado los padres, para encontrar ayuda para su hijo? ¿Qué hará el hombre nacido ciego ahora? ¿Acaso se habrá acordado del informe acerca del capitán asirio, Naamán, que estaba leproso? Él había buscado ayuda con el profeta Eliseo de Israel, y se enojó por la sencilla instrucción de tener que lavarse siete veces en el río Jordán (2.R. 5:1-5a,9-14).

Una declaración esencial encontramos en toda la Biblia: para experimentar el poder ayudador de Dios, se necesitan pasos de obediencia (1.R. 17:1-5; 18:1,2; Hch. 8:26,27,29,30,35). En ellos se expresa la confianza al Señor y a Su Palabra (Lc. 5:4,5; Jn. 14:21,23; Hch. 6:7).

El hombre ciego se atreve a obedecer: “... fue entonces, y se lavó, y regresó viendo”. Estas pocas palabras contienen el cambio total de su vida.

¿Cuáles experiencias con Jesús hemos hecho ya en nuestra vida? La fidelidad del Señor, nos alienta a caminar los pasos necesarios de obediencia.

^{*}El estanque de Siloé recibió su agua a través de un túnel de la fuente de Gihón. Este conducto de agua fue construido por el rey Ezequías en el 8. siglo a.C., antes de que la ciudad de Jerusalén fuera sitiada por los asirios que se acercaban (2.R. 20:20; 2.Cr. 32:30).



Día 6

Juan 9:7-13; Salmo 33:3-9

El que recibió la vista, los vecinos y conocidos

Cierto día, en el cielo, se cantará una nueva canción: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso” (Ap. 15:3; comp. Ap. 14:3; Sal. 92:4,5) También ahora tenemos muchas razones para cantar con júbilo: “Has aumentado, oh Jehová Dios mío, tus maravillas; y tus pensamientos para con nosotros, no es posible contarlos ante ti” (Sal. 40:5a).

Es una canción de agradecimiento la que el hombre que ahora puede ver, podría entonar. ¿Con cuáles pensamientos y sentimientos habrá subido los escalones del estanque de Siloé? Él puede distinguir ahora los colores y las formas, puede unir a los hombres y sus voces. Incontables impresiones le sobrevienen. Sus nervios receptivos se encuentran en estado de excepción. ¡Es inimaginable que él pueda aguantar este cambio repentino, de la ceguera a la posibilidad de ver!

Nuestro Dios puede crear algo nuevo. Cuando Él actúa creativamente, un ciego puede ver y también un cojo de nacimiento puede pararse y andar, aún sin programa de fortalecimiento muscular. Pedro y Juan lo experimentaron (lea Hch. 3:1-8).

Nuevamente el hombre que había recibido la vista, llega a ser el tema de conversación, pero de otra manera distinta a la que esperaríamos. Más probable hubiera sido el interés por el sanado, gozarse junto con él por la nueva posibilidad de vivir y el agradecimiento a Dios por el milagro realizado.

Sin embargo, entre los vecinos y los conocidos existe un solo tema: ¿es el sanado el mendigo, el hijo de los vecinos, o no?

Es una pregunta justificada respondida de diferente manera. Algunos reconocen sinceramente la realidad de la curación, otros la niegan y suponen que solo tenga mucho de parecido con aquel (comp. Jn. 7:40-43). El sanado dice claramente: “Yo soy” (Jn. 9:9)

Pero no escuchamos nada, de un interés verdadero en ellos, por el suceso y lo que significa para el sanado. ¡Aceptemos el buen consejo de Pablo: “Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran” (Ro. 12:15; comp. 1.Co. 12:26).

Día 7

Juan 9:8-14; Apocalipsis 3:18

El que recibió la vista, los vecinos y conocidos

“¡Qué bueno, que puedes ver nuevamente!” Estas palabras consoladoras, no las recibe el que estuvo ciego y fue sanado. En lugar de esto, los vecinos y conocidos quieren una explicación del milagro: “¿Cómo te fueron abiertos los ojos?”

La serpiente en aquel entonces, había prometido con malicia, ojos abiertos a Adán y Eva; pero el pecado entró en ellos (Gn. 3:5-7).

Un salmista se dirige a Dios: “Abre mis ojos (internos), y miraré las maravillas de tu ley” (Sal. 119:18).

El Mesías abrirá los ojos de los ciegos – lo que pasó aquí.

Se necesita la apertura de los ojos internos, para poder salir de la oscuridad y dirigirse a la luz (Is. 29:18; Hch. 26:15-18). El Señor aconseja a la iglesia de Laodicea, que en su relación con Dios se había entibiado, que compre colirio, para tener una clara visión espiritual, por la situación de su propio corazón (Ap. 3:14-22).

• El sanado responde la pregunta con pocas palabras, sin agregar “adornos” (Jn. 9:11) Lo que dice de Jesús, llama la atención:

• El sanado habla de su bienhechor, como *el hombre que se llama Jesús*. Hasta ese momento, no sabe más de Él.

• Él describe la colocación del lodo como “*ungir*”. En griego se utiliza aquí, una palabra que se encuentra también en el nombre Cristo – el Ungido* - Este Ungido de Dios “unge” al hombre nacido ciego y con esto efectúa la sanidad.

Los vecinos y conocidos se mantienen reservados, pero hacen saber lo ocurrido a los fariseos, la instancia espiritual. La mención de que: era un día de reposo cuando Jesús sanó al ciego, hace suponer que los críticos del Señor querían denunciarlo.

Oramos: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos” (Sal. 139:23).

*En el Antiguo Testamento se ungía con aceite a los reyes, sacerdotes y profetas, para consagrarlos y autorizarlos para su servicio. Jesús, el Hijo de Dios, es Rey, Sacerdote y Profeta al mismo tiempo: el Ungido (hebreo: Mesías), el autorizado.

Día 8

Juan 9:13-17; Josué 24:15

El que recibió la vista y los fariseos

Tampoco los fariseos expresan nada de gozo por la curación, sino preguntan también por el *cómo* del suceso.

¡Qué pobreza interior encontramos aquí! ¿Qué bloquea a los hombres, para que no puedan gozarse de corazón, por lo acontecido? ¿Acaso están tan obsesionados en su sistema de pensamientos acerca de Dios y de su ley, que no pueden contar con algo sorprendentemente nuevo? Ellos saben que Dios, una y otra vez mostró en el recorrido de la historia de Israel, que Él actúa en forma diferente a lo esperado: “mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová, ...” (lea Is. 55:6-11).

Como uno de los patriarcas de Israel, Dios eligió a Jacob, el engañador, que después de veinte años reconoció su pecado y fue cambiado en un luchador de Dios (Gn. 32:25b-29). Para liderar el pueblo de Israel en su éxodo de Egipto, Dios eligió a Moisés, un asesino, que tuvo tiempo por cuarenta años, para arrepentirse (Éx. 2:11,12; 3:9-11). En el árbol genealógico de Su Hijo, Dios puso a la prostituta Rahab, que llegó a creer en el Dios de Israel (Mt. 1:5; He. 11:31). Al adúltero David, que después de su arrepentimiento, llegó a ser el rey especial y ejemplo a Jesús, Samuel lo pudo describir como “varón conforme al corazón de Dios” (1.S. 13:14; Hch. 13:22). Dios da a cada uno una oportunidad: el que “confiesa sus pecados y se aparta alcanzará misericordia” (Pr. 28:13b).

Después de las sencillas declaraciones del sanado: “me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo”, entonces en el grupo de los fariseos, se produce un dilema. Los oponentes del Mesías (quienes sostienen que: el que quiebra el día de reposo, no puede venir de Dios), se enfrentan a los defensores (quienes dicen que: ningún hombre pecador puede efectuar tal curación). Ellos ya no son una instancia unida. Jesús exige de los hombres una decisión. ¿A quién servimos?



Día 9

Juan 9:17-23; Romanos 10:9,10

El que recibió la vista, los fariseos y los padres

Llama la atención, que los hombres que debían liderar al pueblo en las cuestiones espirituales, buscan del sanado una opinión acerca de Jesús. La confianza del hombre sanado hacia su bienhechor, creció ante la contienda entre los fariseos. Él testifica lo que cree: *Él “es profeta”*. Los judíos, - aquí se refiere a los enemigos del Mesías – no creen en el testimonio del sanado y, se imaginan que se trata de un engaño. Esta intención, también la atribuyen a los padres del sanado, que debieron comparecer.

La respuesta de ellos es unívoca: él es nuestro hijo y era ciego.

A la tercera pregunta de los fariseos por el *cómo* de la curación, evaden. Su temor de ser excluidos de la comunión de la sinagoga, pesa sobre ellos. Aquí escuchamos algo acerca de la posible edad de su hijo: “es mayor de edad”. Los jóvenes judíos alcanzaron la mayoría de edad a los trece años (celebración del Bar Mizwa)

Algunos expositores suponen que, el que había recibido la vista, tenía algunos años más de edad, hasta quizás quince años. Su valor de confesión, contrasta con el temor de sus padres para testificar.

El transcurso de la conversación entre el sanado y los fariseos, llama la atención (lea Jn. 9:24-34). Ellos quieren obligarlo con la fórmula de conjuro “¡da gloria a Dios!”, para comprobar que Jesús es pecador, por haber curado en el día de reposo. Varias veces se trata de supuesto conocimiento y desconocimiento. Con mucho valor, el curado descubre la dudosa práctica y las equivocaciones de los pensamientos de los interrogantes. Él los provoca con otra pregunta: “¿queréis también vosotros haceros sus discípulos?”, con declaraciones de la doctrina judía. Él mismo se aferra a la irrefutable realidad experimentada: “una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo”.

¡Qué valentía!



Día 10

Juan 9:24-34; Marcos 10:45

El que recibió la vista y los fariseos cegados

El recorrido del suceso demuestra la determinación de los enemigos del Señor, de no querer ver ni querer entender. Por eso no son capaces de valorar correctamente a Jesús y su venida, ni de evaluarlo debidamente. Ellos son “ciegos”, “cegados” e intentan impedir la difusión de la fe en Jesús como el Mesías. De esta manera fracasan como guías espirituales, más bien echan a perder las almas.

En otros lugares, la Biblia habla de falsos pastores, que se preocupan más por sí mismos que por el rebaño (Ez. 34:2; Jn. 10:12,13).

Por el contrario, Jesús viene como el verdadero y cuidadoso pastor, que está dispuesto a entregar su vida por su pueblo (Jn. 10:11; comp. Sal. 78:72). Así llega a ser el Salvador de pecado (comp. Mt. 1:21). Los conceptos “pecado” y “pecador” toman un rol central en la disputa entre el sanado y los fariseos (Jn. 9:24,25,31).

El hombre sanado argumenta, según lo que dice en Proverbios 2:7 y 28:13: la obra del justo prospera, la del impío, del pecador, fracasa.

Si Jesús fuera pecador, no podría hacer milagros. Pero como hizo un milagro, no puede ser pecador, sino que vino de Dios (v.33). Con esto, el sanado va otro paso más adelante en su declaración acerca de Jesús. Primero dijo: “el hombre se llama Jesús” (v.11), después “Él es profeta” (v.17). Su reconocimiento acerca de Cristo, crece al percibir cada vez que hay más “viento en contra”.

Aquí complementamos el tema de pecado, culpa y perdón según la enseñanza del Nuevo Testamento. Cada persona en su manera de ser, es culpable delante de Dios. Jesús, el inocente Hijo, ha pagado nuestra culpa, con su muerte en la cruz y así ha quitado el poder del pecado. Aquel que acepta con fe este regalo, experimenta el perdón, recibe la nueva vida de Dios y es salvado ampliamente (comp. Ro. 3:10-12,22-26; Jn. 1:12; Gá. 2:20).



Día 11

Juan 9:28-38; 1.Pedro 2:21-24

Una expulsión y un “regresar a casa” a Jesús el Señor

La clara confesión del hombre sanado por Jesús, produce en sus interlocutores una fuerte reacción contraria. Por la sencilla y sana lógica de sus argumentos, reaccionan con insultos y desprestigio personal, que él debe soportar. Por su orgullo ministerial no aceptan reprimenda, y menos de parte de un laico. La culminación de su desprecio consiste en la expulsión del sanado, primero del lugar y después de la comunión de la sinagoga. Esto puede pasar, cuando uno dice la verdad (comp. Jn. 15:18-21). Ser injuriado y despreciado en su dignidad – esto experimentó Jesús mismo, cuando más tarde fue llevado a la ejecución.

Juan describe y demuestra que Jesús no abandona a sus seguidores en situaciones como éstas. Él busca y encuentra al expulsado y se le revela de manera cuidadosa y pastoral:

- Él le pregunta por su fe (Jn. 9:35; comp. Jn. 20:31).
- Él le abre los ojos por el “Hijo del hombre”, para conducirlo a la fe en Él, del Hijo de Dios (comp. Dn. 7:13).

El hombre sanado quiere creer. Su respuesta hace ver que, hasta este momento aún no sabe, que el Mesías mismo está delante de él. Jesús se le revela con su auto testimonio: “... el que habla contigo, él es” (v.37; comp. Jn. 4:26).

El hombre que recibió la vista conoce una sola respuesta: la confesión de su fe y la adoración del Hijo de Dios, que expresa al postrarse delante de Jesús. Por la fe en Jesús - el Hijo de Dios - el sanado ha “regresado a casa”, al Señor. Ahora él ha recibido también la vista interior. Con “los ojos alumbrados del corazón” él puede vivir la nueva vida con Jesús (lea Ef. 1:18ss).



Día 12

Juan 9:35-41; 3:17

Ciegos que ven y los que ven están cegados

¿Acaso existe una contradicción, entre las declaraciones del Señor en el capítulo 3:17 y 9:39? No, pues queda vigente: Jesús vino al mundo para salvar a los hombres del poder destructivo del pecado.

El que se encuentra con Él, debe decidirse: ¿querrá seguir viviendo en el pecado o querrá, con fe, ponerse del lado del Salvador y Redentor Jesús? El que rechaza a Jesús, permanece bajo el juicio de Dios; el que está de acuerdo totalmente con Jesús, recibe la vida eterna: “el que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:36; lea Jn. 5:24; 1.Jn. 5:12).

Jesús vino, para dar visión espiritual a los hombres, que sin Él están espiritualmente ciegos. Sin embargo, el que piensa que no necesita a su Hijo Jesucristo, puede pensar que es vidente, pero a los ojos de Dios es ciego interiormente. En esto consiste el pecado de los fariseos que rechazan a Jesús; no quieren ver y quedan atrapados en su ceguera interior.

Resumamos: el hombre sanado reconoce a Jesús como el Hijo de Dios paso por paso: como hombre con el Nombre Jesús (Jn. 9:11), como profeta (v.17), como venido de Dios (v.33), como Hijo de Dios (v.38). Él experimenta, por el regalo de la vista y por el reconocimiento de Cristo, un cambio completo de su vida. Él puede argumentar basándose en las Escrituras, pero tiene que soportar la exclusión de la comunión de la sinagoga. Él es buscado por Jesús y llega a ser sanado de manera doble.

Con John Newton (1725-1807) podemos orar: “Sublime gracia del Señor que a mí, pecador, salvó; fui ciego mas hoy veo yo, perdido y Él me halló”.


